

"La
muerte
y la
doncella"

Todos podemos ser torturadores

La primera obra de teatro del ensayista chileno Ariel Dorfman, "La muerte y la doncella", tuvo mala suerte en su presentación en Santiago a fines de febrero de 1991. Vapuleada por la crítica y sufriendo la indiferencia del público, salió de la cartelera dos meses después de su estreno. Sin embargo, ha tenido enorme éxito en el exterior. En la versión norteamericana (donde actúan nombres como Glenn Close, Gene Hackman y Richard Dreyfuss) están agotadas las entradas por seis meses en el teatro de Broadway donde se presenta. En Londres ganó el galardón Lawrence Olivier con que se distingue la mejor pieza teatral. Es la primera vez que el premio recae en una obra latinoamericana. Veinticinco países la han solicitado.

En Chile la primera que la conoció fue María Elena Duvauchelle quien se interesó en producirla y actuarla. Actriz de dilatada trayectoria, prepara ahora un espectáculo sobre Gabriela Mistral. Es presidenta de SIDA (Sindicato de Artistas de Teatro).

"Siempre supimos que era algo muy delicado hablar de los desaparecidos y torturados en un país que tiende a dar la espalda al tema; era un riesgo grande".

¿Por qué no interesó la obra de Dorfman? ¿Porque es un tema político?

"No creo en un teatro que no sea político. Todo teatro lo es. No hay que confundirlo con teatro panfletario, partidista, que vende recetas sobre cómo actuar y pensar. Shakespeare, Ibsen, Molière reflejan épocas y conflictos sociales. Cuando se estrenó "La muerte de un viajante", de Arthur Miller, que cuenta el terrible drama de un cesante que se suicida, un periodista dijo, 'por fin vemos teatro teatro'. Claro, es un teatro del mejor por su universalidad. Pero es también una crítica al sistema norteamericano. O sea, teatro político. El personaje se llama Willy Loman pero si se llamara Pedro López y la obra la hubiera escrito un chileno el público se habría espantado.

La pieza de Dorfman es, en primer lugar, la historia de amor de una pareja. Paulina y su marido están incomunicados, muy lejanos entre sí, cuando aparece un tercer personaje, una especie de bomba de tiempo que resulta ser un ex torturador".

En la obra esa es una ambigüedad manifiesta. Ariel Dorfman no aclara si es o no torturador de la mujer.

"Bueno, no se dice abiertamente para que el público encuentre los hilos. Pero el personaje es el torturador".

¿Qué intentó Dorfman con esa estructura triangular: Paulina, su esposo y el médico-torturador?

"Son tres puntas de un cuerpo social, como dice él. La víctima, el victimario y un defensor, o sea, el reconciliador. Paulina tortura a su torturador y el esposo, a su manera, llega también a torturar. ¿Qué quiso decirnos el autor? Que todos podemos llegar a torturar en algún momento. Es algo que llevamos dentro. Nadie está a salvo de esa conducta".

El personaje Paulina Salas que abiertamente trata de violentar a su ex-torturador ¿busca una venganza?

"Sí y lo hace porque es un ser humano.

Todos, de alguna manera, queremos hacer lo que nos hicieron aunque sea sólo en la intención. Paulina se atreve. Fueron muchos años en que no sacó el horror de la tortura. Se aguantó. Aprovechó el momento exacto para decirlo todo. Pero en el curso de esa venganza se da cuenta -motivada por su marido- que ese camino no la lleva a ningún lado. Elimina ese acto, lo supera, pero tuvo que experimentarlo. Con esto se llega a la esencia del pensamiento de Dorfman: la venganza no debiera existir, la justicia sí".

En la sociedad chilena ¿se dieron esos pasos?

"En cierta forma hemos vomitado el horror sufrido. Pero poco. Hay mucho aún contenido. Hay gente que no sabe dónde están sus familiares y eso es terrible. Una señora que vio la obra me dijo: 'Estoy dispuesta a perdonar pero quiero saber dónde están mis hijos para llevarles flores a sus tumbas'. Es una madre que perdió dos de sus hijos..."

¿En Chile habría interés en ocultar esos horrores?

"A lo que no se atreve la sociedad chilena es ver con toda crudeza esa realidad. No hay un esfuerzo por sincerarnos. Se

pretende curar las heridas echando polvos de penicilina a llagas atroces".

La representación coincidió con el Informe Rettig. ¿Por qué no favoreció el interés por la obra?

"Porque decía todo lo que ese informe callaba. Es falso que nosotros aprovecháramos esa coyuntura para presentar la obra".

¿El fracaso del montaje en Chile se debió, en alguna medida, al lenguaje abstracto que usó la directora Anita Reeves?

"Se usó ese lenguaje para no hacerla tan chocante y frontal. Era muy fuerte lo que se decía en el escenario. Por eso se usaron elementos abstractos. A Dorfman le gustó. Creyó también en esa propuesta. Pero el problema de fondo fue que nadie se interesó en el tema de la tortura. Los chilenos rehuyen el tema. No quieren saber más de ese horror. De todos los políticos que invitamos, sólo asistieron Andrés Aylwin, Jaime Ravinet y unos pocos más. Nosotros, como artistas, teníamos necesidad de



MARÍA ELENA DUVAUCHELLE: el óviedo no cura las heridas.

presentar la pieza. Era urgente mostrar una verdad que afectaba a tantos chilenos. Arriesgamos plata y tiempo. Pero nos encontramos con gran indiferencia. La gente prefiere meter la cabeza bajo tierra. Sólo interesó a personas que vivieron directamente ese drama. Hasta encontramos que una ex torturada se llamaba como la protagonista: Paulina Salas. Los chilenos quieren olvidar los diecisiete años de dictadura. Así las heridas nunca se curarán".

WILLIAM HALTENHOFF

Todos podemos ser torturadores [artículo] William Haltenhoff.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Haltenhoff, William

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Todos podemos ser torturadores [artículo] William Haltenhoff.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile